

V

VALLADO o SETO. En el Oriente se ven todavía con frecuencia hileras de arbustos espinosos sobre paredes hechas de tierra seca o de piedra, Sal. 80:12, 13; Isa. 5:5; Miq. 7:4; y son una formidable barrera en el camino del perezoso, Prov. 15:19. En una de sus parábolas nuestro Señor pone en contraste las angostas veredas que hay entre los setos de espinas, Núm. 22:24, con los caminos reales, Luc. 14:23.

VALLADOS. Para la protección de los viñedos y jardines, se hacían muchas de ellos de piedras o de grandes témpanos de tierra, secados al sol, y a algunas se les ponían encima setos de zarzas, Sal. 80:12; Miq. 7:4. Servían de guardia a las serpientes y a las langostas, Ecles. 19:8; Nah. 3:17.

VALLE. Nada menos que cinco palabras hebreas se emplean para designar diversas especies de terrenos bajos situados entre las montañas y alturas de Palestina. Véase Canaán. Una de ellas, *bigah*, denota por lo general una llanura plana y ancha, rodeada de terrenos más elevados, y a menudo se traduce “campo,” como en Gén. 11:2: “valle” como en Isa. 40:4, y “barra” como en Amós 1:5. Esta palabra se emplea al hacerse referencia al campo de Ono, Neh. 6:2; al de Coelo-Siria, Josué 11:17; 12:7, y al que se halla en la parte más baja del Jordán, Deut. 34:3.

El segundo vocablo, *emeg*, significa un valle largo y ancho rodeado de cerros, como el de Ajalón, Jos. 10:12; el de Hebrón y el de Josafat, Joel 3:2, 12.

El tercero, *gai*, denota un valle profundo a manera de cañada, como el de Hinom, Jos. 15:8. Se aplica al valle de la Sal, 2 Sam. 8:13; a la cañada donde fue enterrado Moisés, Deut. 34:6; y se usa en la expresión traducida “el valle de la sombra de la muerte,” Sal. 23:4, empleada para describir un estado sumamente peligroso y triste del alma.

La cuarta palabra, *nachal*, corresponde a la moderna “wady” o cañada, que es un valle angosto por donde corre agua, y que está más o menos lleno por una corriente rápida durante el tiempo de las lluvias, pero seco la mayor parte del año. En Palestina son muy abundantes los “wadys,” y por lo mismo la palabra hebrea correspondiente a esta ocurre muy a menudo, y se traduce, según el sentido que le corresponda, “riachuelo,” “llano,” “río,” o “valle.” Se aplica así mismo a los arroyos o torrentes Gerar, Escol, Querit, Cedrón, etc.

Por último, la quinta palabra, *shefela*, se aplica al extremo llano que baja desde las montañas de Judá hasta el Mediterráneo, y se le llama a menudo “el llano,” como en Deut. 1:7; Jos. 9:1; 10:40; 11:2, 16; 15:33. En 1 Rey. 10:27, se ha traducido “campos,” lo mismo que 2 Crón. 1:15 y Jer. 33:13; “campiñas” en 1 Crón. 27:28; Jer. 32:44; Zac. 7:7, y “campañas” en 2 Crón. 9:27.

Hay además otra palabra hebrea, *Arabah*, de aplicación especial, que se encuentra en Núm. 22:1; 35:1; Jos. 3:16; 2 Sam. 2:29, etc., y denota el gran valle que se halla al sur del Mar Muerto, así como su prolongación hacia el norte por la orilla de ese mismo mar y del Bajo Jordán.

VALLE DE LA SAL. El sitio de dos victorias alcanzadas sobre los Idumeos: la de David, 2 Sam. 8:13; 1 Crón. 18:12; Sal. 60; comp. 1 Rey. 11:15, 16; y la de Amazías, 2 Rey. 14:7; 2 Crón. 25:11. Comúnmente ha sido identificado con el extenso y desolado valle El-Ghor, que se dilata al sur del Mar Muerto, cerca de ocho millas, hasta los peñascos calizos llamados antiguamente Akrabbim. Esta llanura está en partes blanqueada de sal; contiene pantanos y ríos salobres, y se halla limitada al noroeste por la montaña de sal Jebel Usdum. La palabra hebrea, sin embargo, denota una barranca más bien que un valle, y las

circunstancias que ocurrieron en conexión con la victoria de Amasías, parecen indicar una localidad más cercana a Sela, 50 millas al sur del Mar Muerto; y se ha sugerido en tal virtud, que el nombre hebreo dado a ese sitio puede referirse a algún antiguo nombre idumeo que no se aplica a la sal.

VALLE DE SITIM o torrente invernal, Joel 3:18, probablemente una cañada al oeste del Jordán; identificado por algunos con la garganta por la cual corre el Cedrón al Mar Muerto en las estaciones lluviosas. Compare Ezeq. 47:1, 8.

VANIDAD. Esta palabra en la Biblia no denota por lo general amor propio u orgullo, 2 Ped. 2:18, sino a veces vacío y esterilidad, Job 7:3; Sal. 144:4; Ecles. 1; otras, maldad, especialmente la mentira, Deut. 32:21; Sal. 4:2; 12:2; 24:4; 26:4; 41:6; 119:37; 144:8, y en ocasiones también se designan así los ídolos y la idolatría; 2 Rey. 17:15; Jer. 2:5; 18:15; Jonás 2:8. Compárese la siguiente expresión de Pablo: “los cuales mudaron la verdad de Dios en mentira,” Rom. 1:25. “En vano,” en el tercer mandamiento, Exo. 20:7, quiere decir “sin necesidad” e “irreverentemente.” “Hombres vanos,” 2 Crón. 13:17, son los de costumbres relajadas, y de males inclinaciones.

VARA, vástago o rama de árbol, Gén. 30:37; Isa. 11:1; usada como báculo para andar, Gén. 32:10; 38:18, 25, y que por lo mismo es símbolo de apoyo, Lev. 26:26; Ezeq. 4:16. Era también empleada por los pastores para guiar, sujetar y defender sus rebaños, Exod. 4:2; comp. 3:1; Lev. 27:32; Miq. 7:14, y por los superiores para corregir a un subordinado, Exod. 21:20, y en ese concepto era también un símbolo de la Providencia de Dios que guía, defiende y castiga, 2 Sam. 7:14; Job 9:34; 21:9; Sal. 23:4; Miq. 6:9. Los gobernantes la llevaban como insignia de autoridad, Gén. 49:10; Núm. 17:2, 3, 6; Sal. 2:9; 125:3; Ezeq. 19:11, 12, 14; Apoc. 19:15. La usaban también los labradores para apalea ciertas semillas, Isa. 28:27; los agoreros, Oseas 4:12; Apoc. 11:1. La frase, “vara de la heredad de Dios,” Sal. 74:2; Jer. 10:16, podría traducirse la tribu o el pueblo; comp. Deut. 4:20. Las dos palabras que allí se emplean significan renuevos, o bien cetros de gobernantes, y se usan a menudo también por “tribus,” como en Gén. 49:16, 28; Exod. 31:2; comp. Mat. 24:30. Acaso en el pasaje de que tratamos se refieran a Israel en virtud de estar bajo la vara especial o gobierno de Dios, o a la medida y repartición de la tierra hecha por medio de una vara, Ezeq. 40:3. Por una metáfora la palabra “vara” puede denotar la tierra medida así. Compárese Deut. 32:9, en donde la palabra “cordel” es realmente la cuerda o instrumento que de costumbre usaba el encargado de medir los terrenos. Compare Sal. 78:55; Amós 7:17; Zac. 2:1. Las ovejas pasaban bajo la vara para que se contasen cuando entraban al redil o salían de él; y al diezmar los corderos, se señalaba cada décimo carnero con el extremo de una vara que previamente se había sumergido en pintura colorada, Lev. 27:32; Jer. 33:13. Puede haber una alusión a esta costumbre en Ezeq. 20:37, significando el acto de volver Israel a ser propiedad del Señor. En Isa. 10:26, la referencia es a las manifestaciones del poder de Dios por medio de la vara de Moisés.

VASOS REDONDOS o BOLAS, como en 1 Rey. 7:41, adornos esféricos puestos en los chapiteles de las columnas, 2 Crón. 4:12, 13.

VASTI, *bella*, nombre de la reina de Persia a quien repudió Asuero su marido, por haberse negado a presentarse sin velo delante de los concurrentes a una orgía, Ester 1, ofendida sin duda de la humillación de ser tratada como bailarina.

VAMOS, Reina, *Dadacia*, que es traducción literal del hebreo; exhortación o modo de llamar la atención, Gén. 11:3, 4.

VELA. Cierta división de las horas de la noche. Para el efecto de la disciplina militar, los Hebreos, según parece, habían dividido las horas entre la puesta y la salida del sol, en tres velas: la primera hasta las 10 p. m., y la segunda hasta los dos a. m., Jue. 7:19; Exod. 14:24; 1 Sam. 11:11. Después de la dominación de los Griegos y de los Romanos, las horas de la noche fueron divididas en cuatro velas, Mat. 14:25; Mar. 13:35; Luc. 12:38. De los cuatro cuaterniones que custodiaban a Pedro, cada uno estaba de guardia tres horas en el día y tres en la noche, Hech. 12:4.

VELADOR. Dan. 4:13, 17, 23, designación figurada de los seres celestiales, que tal vez eran ángeles, según los vio Nabucodonosor en su sueño. En Jer. 4:16, se les llama guardas.

VELO. Artículo indispensable del traje de calle de las señoras orientales, las cuales viven así sustraídas de las miradas de los hombres, con excepción de sus maridos y de sus parientes más cercanos, Gén. 24:65. Si alguien sorprende a una señora egipcia con el velo levantado, inmediatamente se lo baja sobre el rostro, lanzando una exclamación poco más o menos en estas palabras: "¡Ay, qué desgracia!" El levantar o quitar el velo a una mujer equivale a insultarla o degradarla, Cant. 5:7; 1 Cor. 11:5, 10. La costumbre de usar velos, sin embargo, no ha prevalecido en todos los tiempos. En las esculturas asirias y egipcias no se encuentran. El Mahometanismo ha influido mucho en la introducción de esta costumbre. Sara, la esposa de Abraham, Rebeca y sus compañeras al lado del pozo, no los usaron, según parece, Gén. 12:14, 15; 24:16, 65; 29:10; 1 Sam. 1:12. Compárese también Gén. 38:14, 15; Prov. 7:13. Moisés se puso un velo sobre el rostro cuando concluyó de hablar al pueblo, Exod. 34:33. Véase Abimelec.

Los velos eran de diferentes clases. Los que actualmente se usan en Siria y en Egipto, pueden dividirse en dos clases: los grandes y algunas veces gruesos, y otros pequeños y delgados. El velo para andar dentro de la casa, es por lo general de muselina delgada; se prende del peinado, y cae sobre la espalda, algunas veces hasta los pies. Para salir a la calle se ponen delante del peinado un velo semejante, el cual cubre en parte el rostro y llega hasta bien abajo. Otra clase de velo para salir, consiste en un manto o pieza grande de seda negra, de lino, o de algún género ordinario. Es bastante grande para cubrir todo el cuerpo, dejando descubierto solamente uno de los ojos, Cant. 4:9. Tal era el velo que llevaba Rut, cap. 3:15, o el mantoncillo de que se habla en Isa. 3:22. Este es el único velo que usan muchas mujeres. La palabra griega traducida "potestad" en 1 Cor. 11:10, significa probablemente un velo como señal de la autoridad que por derecho corresponde al marido, y de la sujeción en que debe estar la mujer. Debía ser usado en las reuniones religiosas "por causa de los ángeles," es decir, por razón de la presencia de los ministros u otros de la iglesia, que por no estar acostumbrados a ver descubierta la cara de las mujeres, pudieran distraerse al estar desempeñando las funciones propias de su ministerio. Para el "velo del Templo," véanse Tabernáculo y Templo.

VENGADOR DE SANGRE. Lo sagrado de la vida humana y la justicia de castigar el asesinato con pena de muerte, se fundan en el hecho de que el hombre fue formado a la imagen de Dios, Gén. 9:6. En las sociedades nuevas o atrasadas el desagravio o venganza personal es el modo más popular de castigar el crimen, y tanto en la antigüedad como ahora ha predominado en el Oriente. Compárese Gén. 34. La ley mosaica, por medio de justas y humanitarias prescripciones, reglamentó y restringió esa institución, que era tan antigua y estaba tan profundamente arraigada, Deut. 24:16. Comp. 2 Sam. 14:6-11. Véase Refugio. Al mismo tiempo el espíritu y la tendencia de la ley, así como el mandamiento directo del evangelio, se oponen a todo sentimiento o acto de venganza, Exod. 23:5; Lev. 19:17, 18; Prov. 20:22; 24:29; Mat. 5:39; Rom. 12:19, 20; 1 Ped. 3:9.

Entre los Árabes, el pariente más cercano de una persona asesinada tenía que perseguir al agresor hasta que lograba darle muerte. La ley de Moisés prohibía expresamente que se aceptara rescate alguno por

la vida que la justicia debía quitar al asesino, Núm. 35:31; pero intervenía entre una persona acusada y su perseguidor, proveyendo un sagrado en el altar de Dios y en las seis ciudades de refugio, en donde el acusado podía estar a salvo hasta que se hubiese probado si había cometido ese acto voluntaria o accidentalmente, Jos. 20:6, 9. En el primer caso tenía que ser entregado inmediatamente a su perseguidor para que se le diera la muerte, Exod. 21:14; 1 Rey. 2:29, 34. En el segundo, podía vivir con seguridad en la ciudad de refugio; pero si se iba a alguna otra parte antes de la muerte del sumo sacerdote, quedaba expuesto a que lo matase el vengador de la sangre, Núm. 35:25-28. Véase Refugio.

VENGANZA, en Deut. 32:35; Rom. 12:19; Jud. 7; Heb. 10:30, quiere decir vindicta o justicia vengadora, que es una prerrogativa de Dios que estorban los que ilícitamente tratan de vengarse por sí mismos. Véase Ira. En Hech. 28:4, muchos suponen que los habitantes de la isla se refieren a la diosa de la justicia, *Dike*, a quien los Griegos y los Romanos consideraban como hija de Júpiter, y la miraban como a una deidad independiente, justa e implacable.

VENTANA, Gén. 6:16; 1 Rey. 6:4; 7:4, 5, se llamaba así una abertura practicada en la pared, protegida antiguamente por persianas en lugar de vidrios, Ecles. 12:3. Por lo general las ventanas daban al patio interior de la casa, pero muy a menudo una o dos caían a la calle, y desde ellas se podía ver a cualquiera persona que se aproximara, Jue. 5:28; 2 Sam. 6:16; Prov. 7:6; Cant. 2:9. Cuando se abría la reja de la ventana, había riesgo de caer, 2 Rey. 1:2; Hech. 20:9. Los espías que estaban en Jericó, y Pablo en Damasco, se escaparon saliéndose por las ventanas de los cuartos en que estaban, Jos. 2:15; 2 Cor. 11:33. Véase Casa.

VER. Por un modismo hebreo, este término se usa a menudo para expresar una percepción adquirida por un medio distinto del de los ojos, Exod. 20:18, y es algunas veces equivalente a “gozar,” Job 7:7; Sal. 27:13. Ver la cara del rey, implica un privilegio especial de acercarse al rey, como el que se otorga a un favorito o cortesano principal. El ceremonial de la corte persa era especialmente severo. Compare Mat. 18:10; 1 Cor. 13:12; Apoc. 22:4. Véase Rostro.

VERBO o PALABRA, en Griego *logos*, uno de los nombres de la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el cual indica que Dios se revela por sus hechos y enseñanzas, de la misma manera que el pensamiento se revela por medio de la palabra, 1 Juan 1:1; 5:7; Apoc. 19:13. “La palabra del Señor,” era una expresión usual en el Antiguo Testamento, para denotar alguna revelación de Jehová, Gén. 15:1, 4; 1 Sam. 3:1; 1 Rey. 6:11; 16:1, 7, 12, 34; 18:1, 31; 1 Crón. 17:3; Jer. 1:2, etc.; Dan. 9:2. En el relato que se hace de la creación, la acción de Jehová se expresa por medio de la frase: “Y dijo Dios,” Gén. 1:3, y esta misma obra se atribuye en otros pasajes a su “palabra,” Sal. 33:6, 9. Véase también Sal. 107:20; 147:15, 18; Isa. 55:11; Heb. 4:12, 13.

Mucho antes de la venida del Mesías, los que parafraseaban la Biblia usaban la expresión “la palabra del Señor,” en dondequiera que el término “Jehová” ocurría en el original; y el aclarar su verdadero sentido y aplicarla a nuestro Salvador, fue tarea de la mayor importancia para Juan, el último escritor inspirado, pues durante los últimos años de la vida de este habían comenzado a introducirse en la iglesia cristiana, respecto de la persona de Cristo, ciertos errores tomados de la filosofía oriental. Este evangelista describe al “Verbo” como un ser personal y divino, existente por sí mismo y co-existente desde la eternidad con el Padre, distinguiéndose sin embargo de él en su calidad de Hijo; Creador de todas las cosas, manantial de toda vida y luz de los hombres, y el cual, llegada la plenitud del tiempo, se hizo carne en medio de los hombres, Juan 1:1-3, 14. El Evangelio de Juan trata muy a fondo y con mucha claridad de la divinidad de Jesucristo, Juan 20:31.

VERSIÓN GRIEGA del Antiguo Testamento, o SEPTUAGINTA, setenta, primera versión griega del santo libro. Su nombre, denotado a menudo con los numerales romanos LXX, dimana de que según una tradición generalmente admitida, los traductores eran de 70 o 72 en número. Según Josefo fueron enviados a Alejandría seis ancianos de cada tribu, con un ejemplar de la ley, a petición de Ptolomeo Filadelfo, y la tradujeron en 72 días. Las relaciones hechas acerca del origen de la traducción varían en algunos puntos, pero concuerdan en establecer que fue ejecutada en Alejandría, que fue comenzada bajo el gobierno de los más antiguos Ptolomeos, por el año 285 A. C, y que el Pentateuco fue traducido primero. Todo el Antiguo Testamento parece haber sido completado en griego en tiempo de Ptolomeo (VII) Physcon, hacia 130 A. C. Véase Alejandría. La evidencia interna indica que fue hecha por diferentes personas en distintas épocas, sirviéndose para ellos de manuscritos hebreos y egipcios, y que esas personas eran judíos alejandrinos cuyo conocimiento del hebreo era más o menos imperfecto. Los libros de Moisés son los mejor traducidos. La versión es en su conjunto sustancialmente fiel; pero contiene muchos errores. Su cronología difiere notablemente de la del texto hebreo—añade, por ejemplo, 606 años entre la creación y el diluvio. La versión es de gran valor en la interpretación del Antiguo Testamento, y en algunos pasajes se cree que representa un texto hebreo más exacto y antiguo que el de los manuscritos hebreos que ahora existen. Se cita con frecuencia por los escritores del Nuevo Testamento, cuyo griego se funda en el de la Septuaginta. Era altamente estimada por los judíos en la época de la venida de Cristo. Según Filo, se celebraba anualmente una festividad en Alejandría para conmemorar su conclusión. Por medio de su difusión por donde quiera que se hallaban establecidos los judíos que hablaban el griego, preparó para el Evangelio el ánimo de los investigadores paganos que los rodeaban: y cuando al cabo Cristo fue predicado, los Griegos y los judíos helenistas pudieron cerciorarse con facilidad de la verdad de sus asertos con respecto a sí mismo, comparándolos con las profecías del Antiguo Testamento en la Septuaginta, Hech. 17:11. Véase Citas. Esta fue traducida al latín, por los últimos años del segundo siglo; y más tarde, a los dialectos egipcio y etíope, y a otras lenguas. Era tan constantemente citado por los maestros y escritores cristianos, que los judíos, apremiados en la controversia por las referencias que a esa versión se hacían, comenzaron a negar su fidelidad al original hebreo, y en el segundo siglo adoptaron en su lugar otra versión griega más literal hecha por Aquila, un Judío prosélito de Pontus. La Septuaginta es aún la autoridad reconocida en la Iglesia griega. Los libros apócrifos fueron desde un principio agregados gradualmente a la Septuaginta. Véase Apócrifos. Los más antiguos manuscritos que se conocen de la Septuaginta, son tres, que se supone fueron escritos en el siglo 4, y ahora se hallan en San Petersburgo, Londres, y Roma. No se sabe que exista ningún manuscrito hebreo del Antiguo Testamento de una época anterior al siglo décimo.

VESTIDOS. Los principales vestidos de los Hebreos consistían en la túnica o vestidura interior, y en el manto o vestidura exterior. Las dos juntas formaban, según parece, “una muda de vestido,” Jue. 14:13, 19; Hech. 9:39. La túnica era de lino, se llevaba sobre la cutis, y caía holgadamente sobre el cuerpo. Tenía agujeros para los brazos, y algunas veces mangas anchas y abiertas, y llegaba hasta abajo de las rodillas. La que las mujeres usaban les bajaba hasta los tobillos. La túnica se ataba al cuerpo con un ceñidor, y algunas veces era tejida sin costura alguna, como la de Jesús, Juan 19:23. La vestidura de encima, o sea el manto, era una pieza de tela más gruesa, de dos o tres varas, casi cuadrada, con la cual se arropaba el cuerpo, y se ataba sobre los hombros, o se dejaba suelta. Fácilmente podía quitársela el que deseaba tener libres los brazos, Mat. 24:18; Hech. 7:58; 22:23. A veces cuando un hombre no llevaba puesta esa pieza de ropa, se decía que estaba “desnudo,” Isa. 20:2-4; Juan 21:7. Podía arreglarse de manera que fuese fácil llevar algunas cosas en el seno. De noche, los pobres podían usar el manto para cobijarse en la cama, Exod. 22:26, 27; Job 22:6. Véanse Seno, Cama, Cinto.

Entre las dos piezas ya descritas, los Hebreos algunas veces usaban otra cuyo nombre *me-il* se ha traducido igualmente con la palabra manto. Era una especie de túnica ancha y larga de algodón o lino, y

sin mangas. Se hace mención de ella en 1 Sam. 2:19; 24:4; 28:14; Job 1:20; 2:12; pero no denota siempre una pieza de ropa usada entre las dos principales; a veces significa cualquiera pieza que iba sobre la túnica.

La cabeza se llevaba generalmente descubierta. A veces, para resguardarla del sol quemante o de la lluvia, se tapaba con un doblez del manto exterior, 2 Sam. 15:30; 1 Rey. 19:13; Ester 6:12. Los sacerdotes, empero, usaban una mitra, bonete o turbante sagrado; y después de la cautividad, los judíos adoptaron hasta cierto punto el turbante tan generalizado ahora en el Oriente. Las mujeres usaban diversas clases de abrigos de cabeza, sencillos o adornados. Los velos eran también un artículo de atavío mujeril, Isa. 3:23. Estos eran de varias especies, y se usaban tanto por las mujeres casadas como por las solteras, generalmente por modestia, o como prenda de sujeción a la autoridad del marido, Gén. 24:65; 1 Cor. 11:3-10; pero a veces con la intención de ocultar el rostro, Gén. 38:14. Véase Velo.

Como los Hebreos no cambiaban la moda de sus vestidos según nosotros lo hacemos, era común que almacenaran muchos con anticipación, según se lo permitieran sus riquezas, Isa. 3:6. A esto hace alusión Cristo cuando habla de tesoros que la polilla devora, Mat. 6:19; Sant. 5:1, 2. Pero aunque de siglo en siglo hubo uniformidad general en el modo de vestirse, no hay duda de que se verificaron varios cambios en el largo transcurso de la historia bíblica, y en todos tiempos hubo una variedad grande y creciente entre las diferentes clases del pueblo, especialmente en géneros y en adornos. En los tiempos primitivos y en donde la sociedad era aún agreste y ruda, se hacían vestidos de pieles de animales, Gen. 3:21; Heb. 11:37. Las artes de hilar, de tejer y de coser, pronto comenzaron a practicarse, Exod. 35:25; Jue. 5:30. Se hacía una tela tosca de pieles de chivo y de camello, y otras más finas de lana, de lino y quizá de algodón. La manufactura de estas telas era un ramo de la industria doméstica, Prov. 31:13-24. La seda no fue conocida sino en los últimos tiempos de la Biblia, Apoc. 18:12.

Los grandes y los ricos tenían gusto en usar vestidos blancos: de aquí el que eso fuera también señal de opulencia y prosperidad, Ecles. 9:8. Se describe el vestido de los ángeles como de un blanco puro y resplandeciente, y tal fue también el aspecto de la vestidura de nuestro Señor durante su transfiguración, Mat. 17:2. En cuanto a los santos, de ellos también se dice que visten túnicas blancas, Apoc. 7:9, 13, 14; la justicia de Cristo de que están revestidos, es más gloriosa que la de los ángeles.

El vestido de luto entre los Hebreos era un saco de cilicio, de un color oscuro o negro, Isa. 50:3; Apoc. 6:12. Como los profetas eran penitentes de profesión, su traje común era de luto. Las viudas también se vestían por lo general de la misma manera.

Los Hebreos, siguiendo la costumbre de sus vecinos, usaban géneros de varios colores en sus vestidos de gala y más costosos, Jue. 5:30. Así se deduce de Gén. 37:3, 23; 2 Sam. 13:18, aunque en estos pasajes algunos creen que se habla de una túnica de largas mangas y no de diversos colores. El azul, el escarlata y la púrpura son los colores a que más a menudo se hace referencia, siendo además el primero un color sagrado. Exod. 35:23, 25, 35; 38:18; Ester 8:15. Los bordados y las obras fines de aguja, eran muy estimadas entre ellos, Jue. 5:30; Sal. 45:14.

Los trajes de las mujeres diferían de los de los hombres menos de lo que ahora se acostumbra entre nosotros. Con todo, había entre unos y otros cierta distinción, y Moisés expresamente prohibió el cambio de traje entre los dos sexos, Deut. 22:5, por ir acompañada esta costumbre de la inmodestia y del culto dado a ciertos ídolos. No se ve con claridad qué razón había para que los vestidos hechos de una mezcla de lana y de lino fuesen prohibidos, Deut. 22:11, pero probablemente eso era debido a algún uso supersticioso que de ellos hacía el paganismo. En Isa. 3:16-23 se hace mención de los adornos

generalizados entre las mujeres hebreas de aquel tiempo; y entre ellos se enumeran atavíos de calzado, redecillas, lunetas, collares, joyeles y braceletes; ropas de remuda, manteletas, escofietas, atavíos de piernas, partidores del pelo, pomitos de olor y zarcillos; anillos, joyeles de los narices, espejos, pañuelos, gasas, etc. En Hech. 19:12, se hace mención de pañuelos y sudarios.

También se usaban los calzones o pañetes, de lino, Exod. 28:42; pero quizá no generalmente. Véanse Flecós, Cinturón, Anillos, Sandalias.

En los libros históricos de la Sagrada Escritura se hace alusión con frecuencia a los presentes que de vestidos se hacían. José dio a cada uno de sus hermanos una muda de vestidos, y a Benjamín cinco, Gén. 45:22. Naaman dio a Giezi dos mudas de vestidos; y aun Salomón recibía vestidos como presentes, 2 Crón. 9:24.

Esta costumbre todavía se conserva en el Oriente, y se hace mención de ella por la mayor parte de los viajeros.

En Turquía, con el nombramiento para algún cargo importante, se le da al agraciado, como presente, un traje propio de su dignidad y empleo.

En la parábola del vestido de boda, el rey esperaba hallar a todos sus convidados ataviados con el ropaje de honor que él les había suministrado, Mat. 22:11. El tenderlos mantos en el camino para honrar a alguno que fuera cabalgando, era una costumbre antigua y frecuente en el Oriente, Mat. 21:8.

VÍBORA. Bajo este nombre se designa una clase de culebras notables por lo intenso de su veneno, y las cuales, se dice, son de las más peligrosas del reino animal. La víbora es por esta razón el tipo de todo aquello que es malo y destructor, Job 20:16; Isa. 30:6; 59:5. Este fue el término aplicado por Cristo y Juan a cierta clase de judíos, Mat. 3:7; 12:34; 23:33; Luc. 3:7. El hecho de haber escapado Pablo de las consecuencias de la mordedura de una víbora en Malta, indujo al pueblo a creer que era un dios en forma humana, Hech. 28:3. Un género de víboras que hay en el norte del África y el sudeste del Asia, que tienen manchas amarillas y de color de café con puntos negruzcos, y que miden dos pies de largo y son tan gruesas como el brazo de un hombre, se reputan, como las más terribles de aquellas regiones. Has-selquist habla de una víbora de Cyprus o Chipre, cuya mordedura produce la gangrena y causa en pocas horas la muerte. Véase Serpientes.

VID. Hay varias clases de esta planta valiosa y bien conocida, producto natural de las regiones templadas, donde ha sido cultivada desde los tiempos más antiguos. Por esto es que su fruto se menciona en la Escritura desde un principio y con mucha frecuencia, Gén. 9:20; 14:18; 19:32; Job 1:18. La vid o parra crecía con mucha abundancia en Palestina, Deut. 6:11; 8:8, y era excelente, con especialidad en algunas de sus comarcas. Las Escrituras encomian las vides de Sibma y Escol, y los autores profanos hablan de la superior calidad de los vinos de Gaza, Sarepta, Libano, Sarón, Ascalón y Tiro. Como las uvas de Egipto eran pequeñas, Gén. 40:9-11, no es de extrañar que los Israelitas se sorprendieran al ver los racimos de uvas de gran tamaño que los espías llevaron del valle de Ascalón al campamento, Núm. 13:23, 24. La historia referida por Moisés está confirmada además por el testimonio de varios viajeros; y aun en Inglaterra misma se ha visto un racimo de uvas siriacas que pesaba 19 libras, y medía 23 pulgadas de largo, y 19 ½ de diámetro en la parte más gruesa. En la actualidad, si bien la religión Musulmana no favorece el cultivo de la uva, no faltan viñas en Palestina. Además de las grandes cantidades de uvas y pasas que diariamente se mandan a los mercados de Jerusalén y otros lugares cercanos, Hebrón sola enviaba anualmente a Egipto durante la primera mitad del siglo XVIII, 300

camellos cargados de jugo de uva o miel de pasas, el cual pesaba 300,000 libras. Los agasajos que se hacen en una reunión, se componen principalmente de pasas, y éstas se usan en varias formas para la manutención del pueblo. Véase Uvas. Para demostrar la abundancia de viñas que debería tocar a Judá en la repartición de la tierra prometida, Jacob en su bendición profética, dice de esta tribu:

“Atando a la vid su pollino
Y a la cepa el hijo de su asna,
Lavó en vino su vestido
Y en la sangre de las uvas su manto.”
Gén. 47:11.

Las vides se plantan por lo general en hileras, de manera que entre cepa y cepa, en todas direcciones, quede un espacio de 8 o 10 pies; y se ponen estacas de trecho en trecho, de seis a ocho pies de altura, entre las cuales se entretajan las vides. En muchos lugares donde el terreno es sinuoso, o en las faldas de los cerros, se extienden sin más sostén sobre el suelo o en las rocas. A menudo también se las hace subir por enverjados sobre los muros, pórticos y muros exteriores de las casas, y a veces aun en el interior, en las paredes que rodean el patio central, y al crecer así, son un emblema bellissimo del amor doméstico, de paz y de abundancia, 1 Rey 4:25; Sal. 128:3; Miq. 4:4. Era de poco valor como madera, Ezeq. 15:2-6.

La ley mandaba que el que plantase una viña no comiera de su fruto antes del quinto año, Lev. 19:23-25. Los Hebreos no recogían sus uvas el año del jubileo ni el sabático, pues éstas eran cedidas a los pobres, los huérfanos y los extranjeros, Exod. 23:11; Lev. 25:4, 5,11, así como las rebuscas de cada año, Lev. 19:10; Deut. 24:21. Los viajeros podían a cualquiera hora recoger y comer uvas en la viña por donde pasaran, pero no podían llevárselas, Deut. 23:24. Otra prescripción generosa del código mosaico eximía de la obligación de prestar servicios en la guerra a todo hombre que después de cuatro años de trabajo y paciencia estaba próximo a recoger los primeros frutos de su viña, Deut. 20:6.

Josefo hace la descripción de una vid magnífica y costosa, de oro puro, en la cual se figuraban las uvas con piedras preciosas, y que Herodes mandó hacer para adornar la elegante puerta oriental del Lugar Santo. Tal vez en vista de ella dijo el Salvador, “Yo soy la vid verdadera,” ejemplificando así la verdad preciosa de su unión con su pueblo, Juan 15:1-8.

VIDA, en la Biblia, es natural, Gén. 3:17; espiritual, la del alma renovada, Rom. 8:6; o eterna, una santa y bendita inmortalidad, Juan 3:36; Rom. 6:23. Jehová es el “Dios vivo,” tanto por ser distinto de los ídolos, como porque es el Creador de todas las cosas, existiendo él por sí mismo, Jer. 10:10; Juan 5:26; Hech. 14:15; 1 Tim. 6:16. En el mismo sentido, Cristo es “la vida,” Juan 1:4; 1 Juan 1:1, 2. Cristo es el gran autor de la vida natural, Col. 1:16; y también de la vida espiritual y eterna, Juan 14:6; 6:47. Él las ha comprado sacrificando la suya propia, y las da gratuitamente a su pueblo, Juan 10:11, 28. Él es el manantial de toda la vida espiritual que éste tiene en la tierra, Gál. 2:20; lo levantará en el último día, y lo hará partícipe por siempre de su propia vida, Juan 11:25; 14:19; 17:2, 3.

VIDENTE, traducción bíblica de dos palabras hebreas con que se designaba a las personas iluminadas sobrenaturalmente para ver las cosas que sólo Dios puede revelar, y aplicada a ciertos profetas hebreos, 1 Sam. 9:9; 2 Crón. 29:30; 33:18, 19; Isa. 29:10; 30:10. Compare Núm. 24:3, 4. Véase Profeta.

VIDRIO, les era bien conocido a los antiguos, y sin duda a los judíos; y el arte de soplarlo, darle color, pulirlo y cortarlo, era practicado por los antiguos Egipcios. En efecto se han hallado en Egipto imágenes y

copas hechas de vidrio de una época contemporánea a la del Éxodo, y la muestra más antigua que se conoce de vidrio transparente es una botella que se halló allí y que lleva grabado el nombre de Sargón, 700 A. C., siendo muchos siglos más antiguos los artefactos de vidrio opaco. No consta que se usara el vidrio en aquellos tiempos para espejos ni para ventanas, sino para copas, botellas, vasos, ornamentos, emblemas sagrados, etc. En el Nuevo Testamento el vidrio es el emblema de la lisura y la brillantez, y el cristal de la transparencia, Apoc. 4:6; 15:2. El oro de la Nueva Jerusalén tiene una brillantez semejante a la del vidrio trasluciente, Apoc. 21:18, 21. Véase Espejos.

VIENTOS. “Los cuatro vientos” o cuatro partes de la tierra representan todo el mundo, Jer. 49:36; Ezeq. 37:9; Dan. 8:8; Mat. 24:31. El viento norte atraía frío, Job 37:9; Cant. 4:16; el oeste y noroeste, a causa de proceder del mar, eran frescos y atraían lluvia, 1 Rey. 18:44, 45; Luc. 12:54. Los vientos que reinan en Palestina durante la estación calurosa son los del occidente. En el Mar de Galilea, lo mismo que en otros lugares que se encuentran entre alturas, se hacen sentir a menudo ráfagas de viento que proceden repentinamente del norte, Mar. 4:37; Luc. 8:23. Respecto del viento euraquilo que sobrecogió a Pablo, véase Euroclidón.

Un viento mencionado con más frecuencia en la Biblia, es el “solano,” del cual se dice que marchita y seca los frutos, Gén. 41:6, 23; Ezeq. 17:10; 19:12, y también que sopla con gran fuerza, Job 27:21; Sal. 48:7; Isa. 27:8; Ezeq. 27:26; Jon. 4:8. Se le designa igualmente como “el viento de los torbellinos,” en Sal. 11:6. Es un viento sofocante y pesado, que sopla del sudeste, y se hace sentir solamente en los meses secos y calurosos del verano. Como dimana del gran desierto de Arabia y carece de toda humedad, aumenta el calor y se quedad de la estación, y produce por lo mismo languidez y debilidad general. El Doctor Elí Smith lo describe en Beirut como de las mismas cualidades del siroco que él había sentido en Malta, y que visita también a Sicilia e Italia, con la sola diferencia de que el siroco al pasar por el mar absorbe mucha humedad. Este “viento del lado desierto,” Job 1:19; 27:21; Jer. 13:24, lo llaman los Árabes el simoun; los Turcos el samiel, y las Egipcios el khamsin. Es sofocante, caliente y seco; evapora con rapidez el agua en las botas u odres de cuero, y a los viajeros les suspende el sudor, les seca el paladar y los conductos respiratorios, causándoles lasitud y malestar. Algunas veces se carga el cielo de nubes, y cruzan el espacio pálidos relámpagos, pero no hay lluvia, truenos ni viento. El calor se hace intolerable; los viajeros buscan un lugar en donde refugiarse; las aves se ocultan en las espesuras de los bosques, o se guarecen medio sofocadas y con el pico abierto junto a los muros de las poblaciones, y a ningún ser viviente se le ve moverse. A veces llega el viento mugiendo y con violencia terrible, formando polvaredas, en términos que se oscurece la atmósfera y parece que se pone en un estado de combustión; los rayos del sol desaparecen, y este astro presenta el aspecto de un globo opaco de fuego que sofoca. Siendo el polvo tan molesto a los hombres como a los animales, buscan todos un albergue cualquiera en que estar a salvo. Los camellos vuelven las ancas y meten la cabeza en la tierra. A menudo el viento va acompañado de torbellinos locales. Estos forman elevadas columnas de arena y tierra suelta, que se mueven con grande velocidad sobre las llanuras. Las tempestades de esta clase dan una idea de las predicciones proféticas relativas a lo que acontecerá el día en que se ponga de manifiesto el gran poder de Dios: “Se verán prodigios en el cielo y en la tierra, sangre y fuego, y columnas de humo; el sol se tornará en tinieblas y la luna en sangre,” Joel 2:30, 31; Hech. 2:19, 20.

El viento es un símbolo bíblico de la ignorancia pretenciosa, Job 15:2; Ose. 12:1; de la velocidad, Sal. 104:4; de las cosas transitorias, Job 7:7; Sal. 78:39. El Espíritu Santo sopló sobre los hombres, como si hubiera sido viento, Juan 3:8; 20:22; Hech. 2:2.

VIHUELA o SALTERIO, Isa. 5:12; Am. 5:23; 6:5, instrumento de cuerda, traducido por lo común “salterio.” Véanse Música y Arpa. Se usaba en el culto que se tributaba a Jehová, 1 Rey. 10:12; 1 Crón. 15:16; 25:1;

2 Crón. 20:28; y a los ídolos, Dan. 3:5, 7; y así mismo en los banquetes y festividades, 2 Crón. 20:28; Isa. 5:12.

VILLA o ALDEA, conjunto de casas menos grandes y regulares que las de un pueblo o ciudad, 1 Sam. 6:18; Neh. 6:2; Luc. 8:1, o campamento pastoril y temporal, formado de tiendas de campaña o cabañas rodeadas de una cerca, con su puerta, Jos. 13:23, 28; 15:32. Se daba a menudo también este nombre a los suburbios de una ciudad, cercados por muros, Lev. 25:31, 34; Mar. 6:56; 8:27.

VINAGRE, producto de la segunda fermentación de los licores vinosos. Esta palabra se aplica también a veces a un vino agrio y delgado muy usado por los operarios y soldados romanos, Núm. 6:3; Rut 2:14; 2 Crón. 2:10. Le dieron de él a nuestro Salvador en la cruz, Mat. 27:48; Mar. 15:36; Juan 19:29, 30, y le fue ofrecido previamente mezclado con ingredientes amargos para adormecer su dolor, pero él lo rehusó, Mat. 27:34; Mar. 15:23; comp. Sal. 69:21. Véase Hiel. En otros pasajes significa el vinagre agrio común, que sirvió al hombre sabio para hacer dos comparaciones significativas, Prov. 10: 26; 25:20.

VINO. Siendo la vid una planta que crecía silvestre en Canaán y sus alrededores, era el vino muy usado como bebida, especialmente en las festividades, Est. 1:7; 5:6; Dan. 5:1-4; Juan 2:3. La circunstancia de ser por lo mismo uno de los principales productos de la Tierra Santa, hacía que se le usase para ofrendas de libaciones en el culto celebrado en el templo, Exod. 29:40; Lev. 23:13; Núm. 15:4-10. Se exigían diezmos y primicias del vino, Deut. 12:17, 18; 18:4, y se usaba en la celebración de la pascua, y después en la cena del Señor, Mat. 26:27-29. “Trigo y mosto,” Gén. 27:28, 37; Deut. 33:28; Sal. 4:7, Y “grano, vino y aceite,” o los productos del campo, de la viña y del olivar, Deut. 11:14; 12:17; 28:51; 2 Crón. 31:5, representan todos los frutos de la tierra. Se habla del vino como de una bendición, Gén. 49:11, 12; Deut. 14:24-26; 32:14; Jue. 9:13; Sal. 104:15; Prov. 31:6; Ecles. 9:7; Ose. 2:8; Joel 2:19, 24; Am. 4:19, y es un símbolo de bendición espiritual, Isa. 55:1. Nuestro Salvador una vez lo hizo milagrosamente, Juan 2:1-10.

En la Biblia el vocablo “vino” es la traducción nada menos que de diez palabras hebreas diferentes y de dos griegas, la mayor parte de las cuales se presentan en pocas ocasiones. Las dos que se usan con más frecuencia, *yayín* y su equivalente griego, *oinos*, son términos generales, que se aplican a toda clase de vinos, Neh. 5:18, por lo común fermentados, pero casi siempre con muy poco alcohol. Otra palabra hebrea, *tirosh*, que está empleada con frecuencia, y se traduce “vino” y “vino nuevo,” significa, según creen algunos, el fruto de la vid en general, incluyendo por lo mismo no sólo el vino nuevo, sino también la miel de uva, y las uvas frescas, secas, aprensadas, etc., Isa. 62:8, 9; Joel 1:10; Miq. 6:15. De lo que se dice en Os. 4:11; Hech. 2:13—“cuando el mosto tenía ocho meses,”—se infiere que en algunos casos el “*tirosh*” era embriagante. Aun que carecemos de pormenores completos sobre el asunto, haremos observar que con la palabra “vino” se hace referencia en la Biblia a las siguientes substancias:

1. Generalmente al jugo puro de la uva, fermentado, y de consiguiente más o menos embriagante, pero sin mezcla de ninguna clase, y sin aumentar su fermentación con licores destilados.
2. Al mosto, que era el jugo nuevo de la uva, sin fermentar, o en estado de fermentación.
3. A la miel de vino, la cual se hacía hirviendo el mosto hasta reducirlo a su cuarta parte. Esto es lo que se denota generalmente en el Antiguo Testamento con el término hebreo *dehash*, “miel,” y su equivalente *dibs* en árabe moderno, ayudándonos sólo el contexto a determinar si se trata, como hemos dicho, de miel de uvas o de otra fruta, Núm. 18:12; Prov. 9:2, 5. Véase Miel.
4. Al vino hecho más fuerte y apetitoso por medio de la mezcla de ciertas especias, Prov. 23:30.

5. A una bebida embriagante llamada en hebreo *sechar*, palabra que a veces significa un vino fuerte y puro, como en Núm. 28:7, o vino mezclado, como en Sal. 75:8; Isa. 5:22; pero más comúnmente un vino hecho de dátiles, miel, granadas, etc., Cant. 8:2, y por lo general más embriagante, por tener mezclas. Véanse también Torta II, Mirra, Vinagre.

El vino de Helbón era fabricado en los alrededores de Damasco, y enviado de esa ciudad a Tiro, Ezeq. 27:18. Se asemejaba al vino del Líbano, famoso por su excelente calidad y su fragancia, Ose. 14:7. Véase Helbón,

Se han hecho grandes esfuerzos para distinguir, entre los vinos que se mencionan en la Biblia, los inocentes de los que embriagan, y esto con el objeto de demostrar que en los escritos inspirados se ha aprobado en todo caso el uso de los primeros, y condenado directa o indirectamente el de los últimos. Es evidente que el uso del vino hasta la embriaguez se halla a todas luces condenado por la Palabra de Dios. El pecado y la vergüenza se presentan junto con el vino la primera vez que este se menciona en la Biblia y en muchos casos subsiguientes, Gen. 9:21; 19:31-36; 1 Sam. 25:36, 37; 2 Sam. 13:28; 1 Rey. 20:12-21; Est. 1:10, 11; Dan. 5:23; Apoc. 17:2. Se le caracteriza de burlador mentiroso, Prov. 20:1; de engendrador de miserias, Prov. 23:29-35; de ayes, Isa. 5:22; de errores, Isa. 28:1-7, y de vanidades impías, Isa. 5:11, 12; 56:12; Ose. 4:11; 7:5. En algunos casos se prohíbe el uso del vino terminantemente, Lev. 10:9; Núm. 6:3, y en otros se alude a él como cosa característica de los malos, Joel 3:3; Am. 6:6. Se hacen muchas amonestaciones para que nos precavamos de él, 1 Sam. 1:14; Prov. 23:31; 31:4-6; 1 Tim. 3:3; y el haber inducido a otros a tomarlo, fue, según se refiere en un pasaje, motivo de una tremenda maldición, Hab. 2:15, 16. Sea cual fuere la aprobación que el uso moderado del vino haya tenido en Palestina, no puede tenerla en un país en donde el vino que se importa o fabrica no contiene una sola gota del zumo de la uva, o que aunque realmente sea de uva y no tenga mezcla alguna, se halla por lo menos fermentado con alcohol. Todo lo relativo al vino ha sufrido en nuestros días una grande modificación, con motivo del descubrimiento que se ha hecho de la destilación del alcohol, y por los repetidos casos que se palpan de las terribles consecuencias que trae consigo el uso tan generalizado de licores embriagantes. Daniel y los Recabitas tuvieron sobrada razón para abstenerse por completo del uso del vino, Jer. 35:14; Dan. 1:8; y la opinión de Pablo acerca de un asunto que se relaciona con los principios permanentes del cristianismo ha sido recomendada por autoridad divina para su adopción por todo el mundo, Rom. 14:21; 1 Cor. 8:13. Véase Timoteo. Los Rabinos dicen que el vino que se usaba en la pascua era mezclado con agua; y en la celebración de la cena del Señor, “el fruto de la vid” no fermentado debería ser preferido al llamado vino.

VIÑA. Los judíos a menudo plantaban sus viñas al lado de un monte o cerro con sus costados cortados en forma de escalones, Jer. 31:5 (véase Monte,) del cual sacaban todas las piedras, y en seguida rodeaban el espacio sembrado con una cerca de espinos o con muros, Isa. 5: 1-6; Sal. 80:13; Cant. 2:15; Mat. 21:33. Las viñas eran arrendadas algunas veces por una parte de lo que producían, Mat. 21:33, 34; y de otros pasajes podemos inferir que probablemente una buena viña consistía en mil vides, que producía una renta de mil siclos de plata, Isa. 7:23; y que se necesitaban doscientos más para pagar a los que “guardaban su fruto,” Cant. 8:11, 12. Los trabajadores se ocupaban en estas viñas en plantar, cavar, clavar estacas o limpiar las vides, Juan 15:2; en recoger las uvas y hacer el vino. La torre construida en la viña era a menudo de suficiente capacidad para alojarlos a todos, y ellos tenían que cuidar esta no solamente de los ladrones, sino también de los jabalíes, pájaros y langostas. Los que a esto se dedicaban formaban entre los agricultores una clase diferente, y a veces su trabajo era laborioso y se consideraba como servil, 2 Reyes 25:12. 2 Crón. 26:10; Cant. 1:6; Isa. 61:5. Las Escrituras hacen alusión a la fragancia de las vides en cierce, Cant. 2:13, y se valen de la viña para muchas comparaciones

y parábolas, Jue. 9: 12; Mat. 20: 1; 21:28. La viña de Nabot es un emblema perpetuo de todo aquello que es con violencia arrebatado del pobre por los ricos y poderosos. La torre o cabaña desierta en que el velador hacía guardia durante la estación de la vendimia, Sal. 80:13, 13; Cant. 2:15, se convierte después de recogido todo el fruto, en una imagen fiel de la desolación, Isa. 1:8. En una bella alegoría del Salmo 80, se representa a la Iglesia como una viña plantada, protegida, cultivada y regada por Dios.

La vendimia se verificaba después de recogida la cosecha del trigo y de verificada la trilla, Lev. 26:5; Am. 9:13. Las primeras uvas maduras se recogían en Junio, o un poco más tarde si estaban en terreno elevado, Núm. 13:20; y se continuaban recogiendo durante los cuatro meses subsiguientes. Empero, la vendimia general tenía lugar en Septiembre, que era el tiempo en que se cortaban los racimos de uvas con una hoz, se ponían en cestos, Jer. 6:9, se llevaban al lagar y se echaban en él. Allí se hacían primero pisotear por hombres, y después se aprensaban, Apoc. 14:18-20. Aunque era esta una tarea laboriosa, se hacía menos pesada por los cantos, ademanes y gritos de alegría de los operarios, Jer. 25:30; 48:33. Se menciona como una señal de la gran obra y del poder del Mesías, el hecho de que él, metafóricamente hablando, había pisado sólo las uvas en el gran lagar, pues del pueblo ninguno estaba con él, Isa. 63:1-3; Apoc. 19:15. La vendimia era una estación de gran regocijo, Isa. 16:9, 10, y muy a menudo de excesos o idolatría, Jue. 9:27, así como el estado triste y decadente de la viña era símbolo de aflicción general, Isa. 24:7; Hab. 3:17; Mal. 3:11. Del zumo que se exprimía de las uvas, se hacían vino y vinagre. Véase Lagar.

También se ponían a secar las uvas para convertirlas en pasas. Parte del regalo que Abigail hizo a David, consistía en cien racimos de pasas, 1 Sam. 25:18, y cuando Ziba salió al encuentro de David, el presente que le ofreció contenía la misma cantidad, 2 Sam. 16:1; 1 Sam. 30:12; 1 Crón. 12:40. Respecto de los otros usos que se hacían de los frutos de la vid, véanse las palabras Uvas, Miel, Vinagre y Vino.

VIRGEN. Así se llamaba por lo general a la mujer antes de que se casara, Gén. 24:16; Exod. 22:15-17; Lev. 21:3, 14; Deut. 22:23; Jueces 21:12; pero en 1 Cor. 7:25; Apoc. 14:4, se designa con ese término a un joven soltero. A ciudades fortificadas y puestas al cuidado de una guardia, se les personifica y se les llama vírgenes, como a Tiro y Babilonia, Isa. 23:12; 47:1. También se da esta denominación a Egipto, Jer. 46:11, y al pueblo escogido, Jer. 14:17; 18:13; 31:4; Lam. 1:15; Amós 5:2.

VIRTUD, Mar. 5:30; Luc. 6:19; 8:46. En estos pasajes significa poder sanativo. En Fil. 4:8; 2 Ped. 1:3, 5, el carácter digno de un cristiano. En su significación general, la verdadera virtud con respecto a los hombres es inseparable de la piedad con respecto a Dios: y las dos juntas describen el carácter y la vida del que ama a Dios sobre todas las cosas y a su prójimo como a sí mismo. La palabra “virtuoso” en Rut 3:11; Prov. 12:4; 32:10, quiere decir capaz y digno.

VISIÓN, Núm. 24:15, 16; 1 Sam. 3:1, cierta manifestación por medio de la cual Dios revelaba a menudo a los hombres—por lo general a sus siervos—tanto su propio ser como su voluntad; lo cual hacía especialmente en aquellos tiempos en que su palabra escrita estaba aún incompleta. Tenían los hombres dichas visiones cuando dormían, Job 4:13; Dan. 2:19; 4:10; 7:2, 7, y cuando estaban en éxtasis, Dan. 10:5-9; Hech. 11:5; y los que las recibían sabían con toda certeza que eran de origen divino. Este mismo término se aplica frecuentemente a las revelaciones que el Espíritu Santo hacía los profetas.

VIUDA. Prevalció durante los tiempos patriarcales la costumbre, Gén. 38, confirmada después por la ley mosaica, Deut. 25:5-10, de que la viuda que no había tenido prole, se casase con un hermano de su difunto esposo a fin de preservar el nombre de la familia y la heredad que le correspondía, o en defecto de éste, con su pariente más cercano, Rut 3:12, 13; 4:1-11; Mat. 22:23-30. Al sumo sacerdote le estaba

prohibido casarse con viuda, Lev. 21:14. La benignidad y la justicia de la verdadera religión se patentizan en la Biblia en el hecho de que Dios y sus siervos fieles se compadecen de los sufrimientos de la viuda, le alivian sus necesidades y le defienden sus derechos, Exod. 22:22, 24; Deut. 14:29; 16:11; 24:17, 19; Sal. 68:5; Isa. 1:17; 10:2; Jer. 22:3; Mat. 23:14. La iglesia apostólica no olvidó proteger a las viudas, Hech. 6:1-3; 1 Tim. 5:16; y según Santiago este deber forma parte esencial de la verdadera piedad, Sant. 2:27. El paganismo por el contrario, a las que fueron esclavas de los caprichos de sus maridos durante la vida de éstos, las convierten cuando enviudan, en víctimas sacrificadas en la pira funeraria, o bien en triste objeto de la miseria y el desprecio. En 1 Tim. 5:3-16, se mencionan algunos de los deberes de los cristianos para con las viudas.

VOCACIÓN. Se llama así un llamamiento que Dios dirige al hombre, ya sea para el desempeño de alguna misión especial, Exod. 31:2; Isa. 22:20, ya para que se aparte del pecado y del dominio de Satanás y se vuelva a la santidad y al Señor, Efes. 4:1; 2 Tes. 2:14. Véase Hech. 13:2; Rom. 8:26-30; 1 Cor. 1:26; 2 Tim. 1:9.

VOTO. Así se denomina la dedicación especial y voluntaria de una persona o propiedad a fines sagrados; un ofrecimiento que el hombre hace a Dios espontáneamente, o la promesa de practicar alguna buena obra, o de abstenerse de algún goce lícito, y esto animado ora por un sentimiento de fidelidad hacia él, de gratitud por su bondad, de temor de un peligro inminente o de males venideros; ora por el deseo de alcanzar bendiciones en el porvenir. El cumplir un voto que envolvía la comisión de un pecado, era añadir una falta a otra; pero ninguna otra consideración de inconveniencia o pérdida que pudiera reportarse, era motivo suficiente para eximir al que hacía un voto de su obligación de cumplirlo, Sal. 15:4; Mal. 1:14. Jacob, al irse para Mesopotamia, hizo voto de dar la décima parte de lo que tenía, prometiendo presentarlo en Betel en honor de Dios, Gén. 28:20-22; 31:13; 35:1-3. Moisés dio algunas leyes para reglamentar la práctica de los votos: "Más cuando te abstuvieras de prometer, no habrá en ti pecado. Guardarás lo que tus labios pronuncien, y harás como prometiste a Jehová tu Dios, lo que de tu voluntad hablaste por tu boca," Deut. 23:21, 23; Jue. 11:35; Ecles. 5:4, 5. Los votos de los menores de edad, etc., no eran obligatorios sin el consentimiento de la cabeza de la familia, Núm. 30. Un hombre podía dedicarse a sí mismo, o dedicar a sus hijos al servicio del Señor, Núm. 6:2. Jefe dedicó a su hija, Jue. 11:30-40, y Samuel fue dedicado con voto al servicio de Dios, 1 Sam. 1:11, 27, 28. Si algún hombre o alguna mujer hacían voto de dedicarse al servicio del Señor, tenía obligación de cumplirlo estrictamente; pero las personas y cosas consagradas de esa manera podían ser redimidas mediante el cumplimiento de ciertas condiciones prescritas, Lev. 27. Estas obligaciones que los hombres se imponían a sí mismos, estaban más de acuerdo con el régimen del Antiguo Testamento, en el cual se daban más importancia que bajo las ilustradas doctrinas del cristianismo a los sacrificios y a la observancia de prácticas externas. Véanse Corbán, Nazareos, y Recabitas.

VULGATA, nombre de la versión latina de las Sagradas Escrituras usada por la iglesia de Roma. Es madre de todas las versiones de la Biblia hechas por esa iglesia, y casi la única que se ha usado durante muchos siglos en la Europa Central y Occidental. El Antiguo Testamento fue en un principio traducido de la versión griega de los Setenta, y no directamente del hebreo. Esta versión juntamente con la griega y la siríaca, y el Nuevo Testamento latino Ítala, fueron las otras de que se valió Jerónimo, 383-404 A. D., quien también volvió a traducir el Antiguo Testamento del hebreo. En 1592 se hizo la última revisión de la Vulgata.